

Y dijo Jesús: hagamos un pueblo. (2020). Buena Prensa

Bernadette Covarrubias Salles

Mtra. en Desarrollo del Potencial Humano

Correo electrónico: bernadette.covarrubias@iberoleon.mx

Este libro es un *salmo contemplativo*, así lo nombran los propios autores; y es verdad, ya que al leerlo se degusta y comprende el mensaje de esperanza que los pueblos originarios, con su ternura y sencillez, nos dan. Dentro de sus páginas se devela, como un regalo fresco, la Buena Nueva enriquecida claramente por los rostros, colores y paisajes que manifiestan tanto la variedad como la riqueza de nuestras tierras y cultura. No deja de sorprender la mirada novedosa del libro, por su estilo literario y fotografía cuidadosa, pero sobre todo por la historia de cómo Dios se hace hombre y pueblo; éste es un valioso aporte, pues sin pueblo no hay cabida para lo humano —sabiduría milenaria de las comunidades originarias—.

Ellos y ellas *hacen pueblo*, así viven su día a día, porque es parte de su cosmovisión; de esta manera, resisten al sistema neoliberal que los trata de ahogar y que les niega sus derechos, porque no se detiene a dialogar con la Tierra ni la respeta; corre a ciegas y guiado por la avaricia que lleva a la sobreexplotación de la naturaleza, pues no puede comprender la profunda sencillez de la vida. El pueblo resiste, aprecia y honra los regalos que nos da la madre Tierra; la cosecha del maíz, el alimento que sostiene y da fuerza a la comunidad, los reúne en una mesa. Esta fue la experiencia de Jesús, en su propio tiempo, ahora narrada desde el pueblo latinoamericano.

El libro absorbe la atención con los rostros y paisajes, los detalles de cada imagen y el texto sencillo, pero profundo. Invita a los lectores a hacer un momento de silencio entre cada página para, con sutileza, adentrarlo en una pausa reflexiva que le permite interpelar la vida, en especial la del estilo tan alejado de la candidez del pueblo, de la sonrisa fresca e inocente de esos niños y niñas que juegan en el campo y en los ríos; de los colores con que visten sus mujeres; de las manos rudas y desgastadas de los hombres, por las labores en el campo; de sus mesas llenas de diversos platillos basados en maíz; de las miradas penetrantes y misteriosas de sus ancianos y ancianas. En ellos y ellas se manifiesta la mirada de Dios, ese pueblo que elige el Padre para que su Hijo se haga hombre y el pueblo se haga comunidad en él, misterio maravilloso.

Las palabras del libro se nutren de las imágenes que evocan experiencias del contacto con este pueblo. En mi caso, me permitieron viajar en el tiempo; a mis primeros encuentros y experiencias de inserción, donde conocí los rostros de ser pueblo, donde me abrieron las puertas de su humilde hogar y me invitaron a compartir su pan. Ahí sentí la presencia de Dios pueblo, tan clara, tan nítida en cada semblante de sus habitantes y en su sentido de ser comunidad.

El libro canta a la vida, porque despierta sonidos, colores, luces; para escucharlos es necesario detenerse, ya que no se puede percibir su musicalidad en la prisa. Nos “obliga” a hacer un alto, una pausa para sentir, pero también nos detona preguntas sobre el sentido de nuestras vidas, sobre nuestra propia fe y la vivencia de ella en comunidad; es decir, nos cuestiona acerca de la pobreza, del individualismo que impera en nuestra sociedad y de la velocidad con la que nos dejamos llevar por esta vorágine que nos está destruyendo. Invita, por lo tanto, a la reflexión y nos sorprende con la belleza de ser pueblo, de ser comunidad para encontrar esperanza.

Es un canto de alabanza cuando se plasma, con transparencia y sensibilidad, *la revelación* de Dios, en la que podemos descubrir cómo los autores se dejan tocar y sorprender para experimentar, a la manera de Ignacio de Loyola, a Jesús pobre y humilde. Durante la lectura se manifiesta la ternura y la esperanza en los ojos negros de una niña, en la sonrisa de una mujer que amasa la harina de los tamales, en el hombre que labra la tierra y en la mirada de un anciano que sostiene la vida. Los autores nos narran su experiencia de revelación *Dios-hombre-pueblo*, trinidad inseparable, que se refleja en los que nada tienen. Alexander Zatyryka, en la presentación del libro, mencionaba: “Nuestros pueblos han captado la Verdad fundamental de la condición humana”; son maestros en el arte de la vida comunitaria.

Así es como Dios se quiso hacer hombre. Fue criado por unos padres que le enseñaron el amor, lo protegieron y cuidaron; lo dejaron hacerse niño al jugar con otros niños y niñas como él; aprendió del trabajo de la mano de su padre y de los hombres de su comunidad. Desde el lugar de pueblo, Jesús aprende y se cuestiona, participa de la realidad que vivía para tomar parte de la acción del Reino que su Padre le encomienda; así se hace esperanza. Se involucra, anuncia y da cabida a la dignidad de su pueblo y a la necesidad de ser salvado, restaurado, porque lo amó y le dio su vida. En esta humildad sucede el milagro que multiplica el pan de la comunidad. Una casa común en donde todos y todas caben, participan, animan, construyen un mundo multicolor en donde se con-parte la amistad, la comida, el trabajo, las sonrisas y las penas.

Se celebra el banquete del Reino que incluye y reúne al pueblo. Así se hace fiesta, se pone la mesa en donde se sientan todos y todas; ahí se escucha soplar al Espíritu-Amor. De esta manera se hace presente Dios. El libro termina con la bellísima frase: “[...] *en esa mesa mundo en donde todos y todas cabemos, se sentó Dios Con-nosotros.*”.

Cómo citar este artículo

Covarrubias Salles, B.
(2021). Y Jesús dijo:
hagamos un pueblo
[Reseña]. *Entretextos*,
12(36), 1–2. <https://doi.org/10.59057/iberoleon.20075316.202036150>